LA MODA DE LAS BOINAS

No es extraño que se generalice el uso de la boina a todas las clases sociales. Prenda graciosa y cómoda, merecía esa predilección.

Lo malo fué que la juventud dorada puso en ella sus pecadoras manos y su cabeza aturdida, y ya se sabe que con la misma facilidad con que la tiranía de la moda impone sus caprichos los anula y archiva.

Bueno estuvo que la gente bien, como se dice ahora y no se decía entonces, calase la boina al vestirse de frac para bailar un aurresku en la Plaza de la Constitución ante las reinas de Inglaterra y de España. Un aurresku sin boina viene a ser lo que unas sevillanas sin palillos.

Pero los festejos regios pasaron y la boina quedó en la cabeza de mozos aristócratas, que la hicieron complemento del traje de etiqueta. De esa guisa iba a bailar cotillones al Gran Casino, y es lo cierto que la típica «chapel» le iba al «smokink» o al frac como al hábito de un santo un par de pistolas.

URTIAGA os recomienda hacer las reparaciones no en Relojerías de postín, sinó donde haga el maestro

El ingenio industrial de un Elósegui había elegantizado la prenda dotándola de torro interior de seda y badana, como los sombreros. Llegó el fabricante tolosano a tal grado de perfección y rapidez en el arte de confeccionar boinas, que un día que visitó la fábrica D. Eduardo Dato, entonces ministro de la gobernación, vió tejer, teñir, secar y armar una boina con la que se cubrió al entrar en San Sebastián. La visita había sido improvisada, la boina llevaba bordado el nombre del personaje El previo amaño estaba descartado; no había trampa ni cartón en aquel vértigo de fabricar.

gapito Ponsol, se hartaba de vender boinas; los clientes formaban cola a la puerta de su establecimiento, en la esquina de la calle de Narrica y la plaza de las Escuelas. Como buen «erriko-sheme», coloraba la boina en la cabeza del comprador según mandan «laungoikoa» y los cánones: es decir, respetando su airosa redondez, sin estrujamientos, sin alteraciones...

¡Sí, sí! ¡Había que oir luego a Urtchalle, el veterano trovador de Rentería, uno de los más castizos cantores de zortzikos guitarra en mano, al pie de una ventana, émulo de Iparraguirre en lides filarmónicas y amorosas y en alternar la ronda nocturna con vistas a Cupido y la bélico militar de los días de guerra civil.

Era fama y veraz historia que en más de una ocasion escuchó el silbido de las balas carlistas como eco de sus endechas líricas entre las sombras que al envolver un caserío encubrían sus galanteos y que tan valiente como al batirse con el enemigo lo era ante los riesgos de la aventura donjuanesca.

Viejo y achacoso ya en los años de la moda de la boina, había venido a parar en cartero de Rentería, con cuyos modestos haberes atendía a las imperiosas necesidades materiales del vivir. Las morales las daba por satisfechas con el vibrante recuerdo de sus mocedades y la asistencia el día de la Magdalena, en Rentería y en el Jai Alai donostiarra, cuando se presentaba ocasión, a un partido de pelota, si entre los pelotaris figuraban los renterianos, aquel inmenso Elícegui, que por ser rey de las canchas e ídolo de frontones americanos, le sentaba a su mesa en Buenos Aires, el presidente de la República Argentina; aquel enorme Samperio, maestro en el juego limpio, elegante, señoril, que lo mismo que devolvía una pelota en impecable voleo desde el último cuadro, se sentaba ante el piano y ejecutaba magistralmente; aquel maravilloso Gamborena, que de mocosete repartidor de pelotas en Rentería, pasó a chico en grande, a desmembreda enciclopedia de todas las jugadas, asombro de públicos, refinador de las travesuras de Beloqui y las habilidades del Manco de Villabona.

Claro es que Urtchalle, al volver la vista a su pasado, recordaba los esplendores del juego ciertamente clásico, el de pala y el de remonte, que encendía entusiasmos populares y hacía de cada jugador notable un caudillo de masas que le daban escolta a los pueblos donde iba a entendérselas cesta o pala en mano, con un rival.

Claro es, también, que ponía el grito en el cielo cuando observaba que la cesta relativamente corta de los Mardura, los Irún, los Portal iba alargándose hasta adquirir proporciones de catapulta en los hercúleos brazos de un Pedrós para degeneración del pulquérrimo juego de volea en el casi siempre sucio del revés, restando espiritualidad y esbozos de atletismo a la lid pelotárica, precipitándola en doloroso e inevitable decadentismo.

Lo de la mistificación de la cesta corría parejas para Urtchalle con la profanación de la boina por la moda.

Había que oirle cuando observaba el desfile de la joven aristocracia en pos de las patatitas «soutlées» de «Oarso Ibai» luciendo la boina azul escandalosamente mixtificada.

¡Eso no es boina! —exclamaba con enojo ¡Eso es un tejadillo a dos aguas!

Es verdad que una de las modalidadas en el uso de la boina sonsistía en levantar su parte anterior formando ángulo agudo que la daba aspecto de cubierta de dos vertientes.

¿No tienen modelo del qué copiar la manera de ponerse la boina, —exclamaba en el colmo de la indigación ¡Qué vean a los miqueletes! ¡Qué miren a los pelotaris!

—Conforme—le decía yo—; pero que no se les ocurra copiar a «Shoshua».

«Shoshua», el entonces padrino de Gamborena, solía encasquetarse la boina hasta las cejas por delante y hasta el cogote por detrás.

Bueno—respondía el simpático Urtchalle—, a los que no estamos en edad de presumir, se nos puede permitir la indolencia. De todos modos prefiero una boina a lo «Shoshua» (popular renteriano, D. José Antonio Loinaz), a una a lo maniquí de sastrería.

¡Cómo ponderar los refunfuños del viejo renteriano cuando la boina pasó también a ser prenda de moda femenina!

Violentamente deformada y cruelmente perforada por sendos agujones, la clásica prenda sufrió la tortura de alcanzar rango caricaturesco. Ponsol seguía vendiendo boinas a todo vender.

En cabezas femeninas, la boina llegó a adquirir traza, no de tejadillo de dos aguas, sino de pagoda china que a los Urtchalles debió inspirar cosas feas dedicadas a Confucio.

Felizmente, la moda pasó, se consolidó el uso de la prenda.

Serafín Baroja que también era devoto de ese detalle de la vestimenta vasca, decía que prueba del respeto que inspiraba la boina era que a ningún «cashero» se le ocurriría montar en sus maizales un monigote de los llamados con exacta propiedad espanta-pájaros, sin echarse a buscar previamente un sombrero viejo! jamás una boina. ¡Era refinar el culto!

Y es que también tiene no poco de emblemática. La boina roja recuerda triunfos orfeónicos; y con una chapa por remate, bizarrías épicas: Wad-Ras en Africa, Choritoquieta en Guipúzcoa.

ANGEL MARIA CASTELL.

No olvidar que el despertador marca Paz, se vende en la Relojería URTIAGA.

La Relojería URTIAGA, no engaña a su clientela vendiendola despertadores de 4 pesetas.